

Y volvió á la suya.

Doña Paula entró en el despacho. Hablaron de los negocios del comercio, de los asuntos de Palacio, de muchas cosas más; pero nada se dijo de lo que preocupaba al hijo y á la madre.

—«No se podía hablar de aquello» pensaba él.

—«No se podía hablar de aquello, ni á solas» pensaba ella.

La madre lo sabía todo. Había comprado el secreto á Petra.

Además, ya ella, por su servicio de policía secreta, y por lo que observaba directamente, había llegado á comprender que su hijo había perdido su poder sobre la Regenta. Si antes la maldecía porque la creía querida de su Fermo, ahora la aborrecía porque el desprecio, la burla, el engaño, la herían á ella también. ¡Despreciar á su hijo, abandonarle por un barbilindo mustio como don Alvaro! El orgullo de la madre daba brincos de cólera dentro de doña Paula. «Su hijo era lo mejor del mundo. Era pecado enamorarse de él, porque era clérigo; pero mayor pecado era engañarle, clavarle aquellas espinas en el alma... ¡Y pensar que no había modo de vengarse! No, no lo había.» Y lo que más temía doña Paula era que el Magistral no pudiera sufrir sus celos, su ira, y cometiese algún delito escandaloso.

La desesperaba la imposibilidad de consolarle, de aconsejarle.

Á doña Paula se le ocurría un medio de castigar á los infames, sobre todo al barbilindo agostado; este medio era divulgar el crimen, propalar el ominoso adulterio, y excitar al don Quijote de don Víctor para que saliera lanza en ristre á matar á don Alvaro.

«Y nada de esto se le podía decir á Fermo.»

Doña Paula entraba, salía, hablaba de todo, observaba todos los gestos de su hijo, aquella palidez, aque-

lla voz ronca, aquel temblor de manos, aquel ir y venir por el despacho.

«¡Qué no hubiera dado ella por insinuarle el modo de vengarse! Sí, bien merecía aquel hijo de las entrañas que se le arrancasen aquellas espinas del alma. ¡Había sido tan buen hijo! ¡Había sido tan hábil para conservar y engrandecer el prestigio que le disputaban!» Desde que doña Paula vió que «no estallaba un escándalo», que don Fermín mostraba discreción y cautela incomparables en sus extrañas relaciones con la Regenta, se lo perdonó todo y dejó de molestarle con sus amonestaciones. Y después del triunfo de su hijo sobre la impiedad representada en don Pompeyo Guimarán, después de aquella conversión gloriosa, su madre le admiraba con nuevo fervor y procuraba ayudarle en la satisfacción de sus deseos íntimos, guardando siempre los miramientos que exigía lo que ella reputaba decencia.

No, no se podía hablar de aquello que tanto importaba á los dos; y al fin doña Paula dejó solo á don Fermín; subió á su cuarto, y desde allí, en vela, se propuso espiar los pasos de su hijo, que continuaba moviéndose abajo: le oía ella vagamente.

Sí, don Fermín, que cerró la puerta del despacho con llave en cuanto se quedó solo, se movía mucho: tenía fiebre. Se le ocurrían proyectos disparatados, crímenes de tragedia, pero los desechara en seguida. «Estaba atado por todas partes.» Cualquiera atrocidad de las que se le ocurrían, que podía ser sublime en otro, en él se le antojaba, ante todo, grotesca, ridícula.

Pero aquella sotana le quemaba el cuerpo. La idea de maníaco de que estaba vestido de máscara llegó á ser una obsesión intolerable. Sin saber lo que hacía, y sin poder contenerse, corrió á un armario, sacó de él su traje de cazador, que solía usar algunos años allá en Matalerejo, para perseguir alimañas por los veri-

cuetos; y se transformó el clérigo en dos minutos en un montañés esbelto, fornido, que lucía apuesto talle con aquella ropa parda ceñida al cuerpo fuerte y de elegancia natural y varonil, lleno de juventud todavía. Se miró al espejo. «Aquello ya era un hombre.» La Regenta nunca le había visto así.

«En el armario había un cuchillo de montaña.»

Lo buscó, lo encontró y lo colgó del cinto de cuero negro. La hoja relucía, el filo señalado por rayos luminosos, parecía tener una expresión de armonía con la pasión del clérigo. El Magistral le encontraba una *música* al filo insinuante.

«Podía salir de casa, ya era de noche, noche cerrada, ya habría poca gente por las calles, nadie le reconocería con aquel traje de cazador montañés; podía ir á esperar á don Alvaro á la calleja de Traslacerca, á la esquina por donde decía Petra que le había visto trepar una noche. Don Alvaro, si don Víctor no había descubierto nada ó si no sabía que don Víctor le había descubierto, volvería otra vez, como todas las noches acaso... y él, don Fermín, podía esperarle al pié de la tapia, en la calleja, en la oscuridad... y allí, cuerpo á cuerpo, obligándole á luchar, vencerle, derribarle, matarle... ¡Para eso serviría aquel cuchillo!»

Doña Paula se movió arriba. Crugieron las tablas del techo.

Como si las ideas de la madre se hubiesen filtrado por la madera y caído en el cerebro del hijo, don Fermín pensó de repente:

«Pero, no, todos estos son disparates; yo no puedo asesinar con un puñal á ese infame... No tengo el valor de ese género. Estas son necedades de novela. ¿Para qué pensar en lo que no he de hacer nunca? No hay más remedio que utilizar el valor y las ideas románticas y caballerescas de don Víctor; guardaré el cuchillo; mi espada tiene que ser la lengua...»

Y don Fermín se despojó del chaquetón pardo, dejó el sombrero de anchas alas, desciñó el cinto negro, guardó todas estas prendas, más el cuchillo, en el armario y se vistió la sotana y el manteo, como una armadura. «Sí, aquella era su loriga, aquellos sus arreos.»

«Ahora mismo; voy á verle ahora mismo. Si el muy idiota fué á cazar á Palomares, á estas horas debe de estar de vuelta ó llegando; es la hora del tren. Voy á su casa...»

Y salió.

«Si mi madre me sale al paso le diré que me espera un enfermo, que quiere confesar conmigo sin falta...»

En efecto, al sentir á su hijo en el pasillo bajó doña Paula corriendo.

—¿Á dónde vas?

Él dijo su mentira.

Y ella fingió creerla y le dejó marchar, porque adivinó en el rostro, en la voz, en todo, que su hijo no iba ciego, no iba á dar escándalo.

«Acaso se le había ocurrido lo mismo que á ella.»

Y don Fermín de Pas llegó al caserón de los Ozores, vió á don Tomás Crespo desaparecer por la plaza, entró en el portal y se decidió á saludar á don Víctor, que abría la puerta, y subió con él; y estaba dispuesto á hablarle, á preguntarle, á aconsejarle... á insinuarle la venganza necesaria... y no sabía cómo empezar.—

Cuando acabó de beber el vaso de agua que sabía á polvo, el Magistral aún no sabía lo que iba á decir.

Pero los ojos de Quintanar seguían preguntando pasmados, y don Fermín habló...

—Amigo mío, lucho entre el deseo de satisfacer la impaciencia de Vd. y el temor de no acertar con la embocadura del asunto que es espinoso, y por desgracia, por mucho que se suavice la expresión, de poco agradable acceso...

—Al grano, señor Magistral.

—La hora de mi visita, el hacer yo pocas á esta casa hace algún tiempo; todo esto contribuirá...

—Sí, señor, contribuye;... pero adelante. ¿Qué pasa, don Fermín? ¡Por los clavos de Cristo!

—De Cristo tengo yo que hablarle á Vd. también, y de sus clavos, y de sus espinas y de la cruz...

—Por compasión...

—Don Víctor, yo necesito antes de hablar que usted me declare el estado de su ánimo...

—¿Qué quiere Vd. decir?

—Está Vd. pálido, visiblemente preocupado, bajo el peso de un gran disgusto, sin duda; lo he notado al entrar, á la luz del farol de la escalera...

—Y Vd. también... está...

La voz de Quintanar temblaba.

—Pues eso quiero saber; si Vd. conoce la causa de mi visita, en parte á lo menos, podré ahorrarme el disgusto de abordar los preliminares enojosísimos de una cuestión...

—Pero, ¿de qué se trata? ¡por las once mil!...

—Señor Quintanar, Vd. es buen cristiano, yo sacerdote; si Vd. tiene algo que... decir... algún consejo que buscar... Yo también vengo á hablarle á Vd. de lo que sé como sacerdote, pero la conciencia de quien me lo comunicó exige precisamente que yo dé este paso...

Don Víctor se puso en pié de un salto.

En aquel momento estaba muy satisfecho de sí mismo el Magistral, porque acababa de ver claro. Ya sabía qué camino era el suyo.

—¿Una persona... que le manda á Vd. venir á estas horas á mi casa?...

—Don Víctor, confiésemle Vd. si Vd. sabe algo de un asunto que le interesa muchísimo, y si el saberlo es la causa de esa alteración de su semblante... Necesito empezar por aquí.

—Sí, señor; hoy sé algo que no sabía ayer... que me importa muchísimo ¡ya lo creo! más que la vida... Pero, si Vd. no habla más claro, yo no sé si debo... si puedo...

—Ahora, sí; ahora ya puedo hablar más claro.

—Una persona... decía Vd....

—Una persona que ha protegido un... crimen que perjudica á Vd.... ha acudido arrepentida al tribunal de la penitencia á confesar su complicidad bochornosa... y á decirme que la conciencia la había acusado, y que por medida perentoria de reparación... había puesto en poder de Vd. el descubrimiento de esa... infamia... Pero temiendo nuevas desgracias, por su manera torpe de proceder... se apresuraba á declararme lo que había, para ver si podían evitarse más crímenes... que al cabo, crimen sería una violencia... una venganza sangrienta...

Don Fermín se interrumpió para callar, respetando así el dolor de don Víctor, que se había dejado caer sobre un sofá, y apretaba la cabeza entre las manos.

—¿Petra... ha sido Petra?—dijo don Víctor preguntando con el tono especial del que ya sabe lo mismo que pregunta.

—La infeliz no comprendió al principio que su conducta podía causar nuevos estragos. Y á eso vengo yo, don Víctor, á impedirlos si es tiempo... En nombre del Crucificado, don Víctor, ¿qué ha sucedido aquí?

—Nada, ¡pero aún estamos á tiempo!—contestó el marido burlado, puesto en pié, con los puños apretados, avergonzado, como si se viera en camisa en medio de la plaza; furioso ante la idea de que no había habido allí *nada*, ningún crimen cuyo autor debía ser él, según exigían las leyes del honor... y del teatro.—Nada, nada... pero habrá, habrá sangre... ¿Y usted lo sabe? ¿Esa mujer ha divulgado mi deshonra?... Eso ha sido también una venganza, no es arrepenti-

miento; es venganza... pero esto importa poco. ¡Lo que importa es que el mundo sabe!... ¡Desgraciado Quintanar! ¡Miserio de mí!...

Y volvió á caer sobre el sofá el pobre viejo, que volvía á sentir el mismo sueño soporífero que le había encogido el ánimo por la mañana.

«El mundo sabe»—había dicho don Víctor—y estas palabras sugirieron á don Fermín otra mentira provechosa.

Pero antes dijo:

—Don Víctor, no extraño que en su dolor Vd. no tenga tiempo ni fuerza para reflexionar... pero yo no he dicho que el mundo supiera... yo no soy el mundo; soy un confesor.

—¿Pero cree Vd. que Petra no habrá dicho?...

—Petra no; pero... por desgracia...

—Además, lo que importa aquí es mi honra, no que el mundo sepa ó ignore... De todas maneras, pronto sabrá de mi venganza y se podrá enterar de todo.

Y se puso á dar vueltas por el despacho.

De Pas se levantó también.

—Por desgracia—continuó—la maledicencia se ha apoderado hace tiempo de ciertos rumores, de algo aparente...

Don Víctor rugió al gritar:

—¡Dios mío! ¿qué es esto? ¿esto más? ¿El mundo dice?... ¿Vetusta entera habla?...

Y se clavaba las uñas en la cabeza, mesándose las canas.

Don Fermín, mientras el otro se entregaba á los arranques mímicos de su dolor, de su vergüenza, habló largo y tendido del asunto. «Si, por desgracia, hacia meses ya, desde el verano, desde antes acaso, se murmuraba de la confianza y de la frecuencia con que don Alvaro entraba en el palacio de los Ozores. Esto era lo peor, después de la desgracia en sí misma. Era

lo peor porque el Magistral, que conocía las exaltadas ideas de don Víctor respecto al honor, temía que obedeciendo á impulsos disculpables, pero no justos, y sordo á la voz de la religión, se arrojase á tomar venganza terrible, sobre todo de don Alvaro, cuyo crimen no podía ser más repugnante y digno de castigo. Pero, amigo, aunque él, el Magistral, como hombre y hombre de experiencia, se explicaba la vehemente cólera que debía de dominar á don Víctor, y comprendía, y disculpaba hasta cierto punto, sus deseos de pronta y terrible venganza; si tal hacía como hombre, en cuanto sacerdote de una religión de paz y de perdón, tenía que aconsejar y procurar, en cuanto pudiese, la suavidad, los procedimientos que la moral recomienda para tales casos.» Don Víctor, con el rostro entre las manos hacía signos de protesta, negaba como si quisiese arrancarse la cabeza del tronco.

«Pero qué le diría, ó le podría decir Quintanar al Magistral, que él no comprendiera... Sí, sí, mirando las cosas como las mira el mundo, aquello pedía sangre, es más, no ya sólo por satisfacer el deseo de vengarse, hasta para poder vivir entre las gentes con lo que llama el mundo decoro, era necesario, según las leyes sociales, según lo que las costumbres y las ideas corrientes exigían, que don Víctor buscara á Mesía, le desafiara, le matara si posible le era, ó si le cogía infraganti en el delito, ó cerca de él, que le sacrificara sin miramientos, con justicia pronta. Así lo habían hecho varones esclarecidos que eran asombro del mundo y se veían cantados y alabados en poemas y tragedias. Todo esto lo sabía el Magistral perfectamente.» Y en efecto, con tal calor y elocuencia exponía «las razones que, desde el punto de vista mundano, aconsejaban el derramamiento de sangre» que después, cuando recordaba que tenía que defender el partido contrario, el de caridad, perdón y amor al prójimo,

olvido de los agravios y conformidad con la cruz; cansado ya por los esfuerzos anteriores era otro el Magistral, se volvía premioso, decía con frialdad vulgaridades de sermón de aldea. Su propósito no lo penetraba don Víctor, pero sentía los efectos de la perfidia del canónigo. «Sí,» pensaba el ex-regente, mientras el Magistral volvía á enumerar los sacrificios de amor propio, pundonor y otras muchas cosas que exigía la religión á un buen cristiano á quien su mujer engañaba: «sí, he estado ciego, me he portado indignamente, he debido matar á Mesía de una perdigonada, sobre la tapia, ó sino correr en seguida á su casa y obligarle á batirse á muerte acto continuo; el mundo lo sabe todo, Vetusta entera me tiene por... un... por un...» y saltaba don Víctor cerca del techo al oírse á sí mismo en el cerebro la vergonzosa palabra.

Y entonces las frases frías, desmadejadas, con que el Magistral recomendaba el perdón, el olvido, le sonaban á hueco, á retórica vana: «Aquel santo varón no sabía lo que era un ultraje de aquella especie, ni lo que exigía la sociedad.»

Para que el clérigo le dejase en paz y no le cansase más con sus sermones sosos y desprovistos de vida, de unción, don Víctor fingió ceder; y dijo que no haría ningún disparate, que meditaría, que procuraría armonizar las exigencias de su honor y aquello que la religión le pedía...

Entonces se alarmó don Fermín; creyó que había perdido terreno, y volvió á la carga. Con vivos colores pintó el desprecio que el mundo arroja sobre el marido que perdona y que la malicia cree que consiente...

Don Víctor, oyendo al Magistral, se figuraba el hombre más despreciable del mundo si no hacía una que fuese sonada... «Oh, sí, cuanto antes... en cuanto fuera de día daría sus pasos, mandaría dos padrinos á don Alvaro; había que matarle.»

Don Fermín volvió á tranquilizarse, viendo la exaltación de la ira pintada en el magistrado. «Sí, había hombre; la máquina estaba dispuesta; el cañón con que él, don Fermín, iba á disparar su odio de muerte, ya estaba cargado hasta la boca.»

Don Víctor no hablaba. Gruñía arrimado á la pared, en un rincón...

«Ya no había qué hacer allí.» El Magistral se despidió. Pero al salir, al llegar á la puerta, se volvió de repente y con ademán solemne, como sacerdote de ópera, exclamó:

—Exijo á Vd., como padre espiritual que he sido y creo que soy todavía, de Vd., le exijo en nombre de Dios... que... si esta... noche... sorprendiera Vd.... algún nuevo... atentado:... si ese infame, que ignora que Vd. lo sabe todo, volviera esta noche... Yo sé que es mucho pedir... pero un asesinato no tiene jamás disculpa á los ojos de Dios, aunque la tenga á los del mundo... Evite Vd. que ese hombre pueda llegar aquí... pero... nada de sangre, don Víctor, nada de sangre en nombre de la que vertió por todos el Crucificado!...

«¡Es verdad, pensó don Víctor cuando se quedó solo, es verdad! Y yo, estúpido, tonto, no había dado en ello? Ese hombre debe volver esta noche... Y yo, por no matarla á ella con el susto iba á dejar que otra vez... otra vez!... Y no pensaba en ello!...»

Se abrió la puerta y entró la Regenta.

Venía pálida, vestía un peinador blanco, y no hacía ruido al andar. Sus ojos parecían más grandes que nunca, y miraban con una fijeza que daba escalofríos. Á lo menos los sintió don Víctor que dió un paso atrás, y tuvo terror, como en presencia de un fantasma. Antes que en la traición de aquella mujer pensó en el gran peligro que corría la vida de Ana, si una emoción fuerte la espantaba. No le pareció su

mujer á don Víctor, le pareció la Traviata en la escena en que muere cantando. Sintió el pobre viejo una compasión supersticiosa; aquel sér vaporoso que se le aparecía de repente en silencio, pisando como un fantasma, lo quería él en aquel instante con amor de padre que teme por la vida de su hija, y lo temía al mismo tiempo como á cosa del otro mundo... «¡Qué fácil era asesinar con una palabra á la pobrecita enferma, que acaso no era responsable de su delito! Oh, no, lo que es á ella no la mataría, ni con puñal, ni con bala, ni con palabras fulminantes...»

—¿Quién estaba ahí?—preguntó Ana tranquila.

—El Magistral—respondió don Víctor, que suponía á su mujer enterada de lo mismo que preguntaba.

Ana se turbó.

—¿Á qué venía... á estas horas?—preguntó disimulando sus temores.

—¿Á qué? Cosas de política... Eso del obispo y el gobernador... lo de las votaciones, que corre prisa... en fin... cosas de política.

La Regenta no insistió. Se retiró sin acercarse á su marido, que no la buscó tampoco para darle el beso en la frente con que solían despedirse todas las noches.

Respiró Quintanar cuando se vió solo. «Aquello había salido bien. No se había descubierto. Anita no había podido sospechar... Tenía la conciencia tranquila, señal de que había hecho bien por lo pronto.»

Pidió el té que era su cena los días de caza y de comida de fiambre; dió orden á los criados de acostarse; y á las once y media, de puntillas y sin tropezar en nada, á pesar de ir á oscuras, bajó al Parque en zapatillas, armado de escopeta. La había cargado con postas.

«¡Oh, sí! el Magistral le había sugerido, sin querer, una buena idea. ¿Que no hubiera sangre, eh? Oh, lo que es como volviese aquella noche... ¡moría don Al-

varo! Y que ardiera el mundo. Que se asustara Ana, que cayera redonda, que le prendieran á él... Cualquiera cosa... pero como volviera, moría.» Así como poco antes había sentido la conciencia tranquila al contener su cólera delante de Ana, ahora se sentía satisfecho ante su resolución de matar al ladrón de su honra si volvía.

La noche era oscura, el frío intenso. Don Víctor no tuvo más remedio que volver á su cuarto por la capa. Se exponía á hacer ruido, ó que el otro tuviera tiempo de venir y escalar el balcón entre tanto... pero á cuerpo no se podía estar allí. Se quedaría helado. Fué, con la prisa que pudo, á buscar la capa, y bien embozado volvió á su puesto de centinela en el cenador, desde el cual veía la silueta de la tapia, destacándose borrosa en el cielo negro; y veía también el balcón del tocador si se abría para dar paso á don Alvaro.

Oyó las doce, la una, las dos... no oyó las tres, porque debió de dormitar un poco, aunque él se lo negaba á sí mismo... Y á las cuatro no pudo resistir ya el frío y el sueño; y delirante, sin conciencia de sí mismo ni del mundo ambiente, tropezando en todo, subió á su cuarto, buscó la cama á tientas, se desnudó por máquina, se envolvió entre las sábanas y se quedó dormido en un sopor de fiebre lleno de fantasmas ardientes, de monstruos dolorosos.—

Aquella tarde no asistieron al Casino á la hora del café, como solían, ni Mesía, ni Ronzal, ni el capitán Bedoya, ni el coronel Fulgoso.

Lo cual notado que fué por Foja, el ex-alcalde, le hizo exclamar en són de misterio:

—Señores, cuando yo digo que hay gato...

—¿Qué gato?—preguntó don Frutos Redondo el americano.

Estaban, como siempre á tal hora, en la sala contigua al gabinete rojo, el del tresillo.

Todos los presentes rodearon á Foja que añadió:

—Noten Vds. que hoy no han venido ni Ronzal, ni el capitán, ni el coronel. Ciertos son los toros. Cuando el río suena...

—Pero ¿qué suena?—preguntó Orgaz padre, que algo sabía.

Joaquinito, que se daba aires de saber muchas cosas, dijo:

—Nada, señores, yo digo á Vds. que no hay nada...

—Pues con permiso de Vd. yo sé que hay grandes novedades. Lo sé de buena tinta... Quintanar debe de haber mandado á estas horas sus padrinos á don Alvaro.

—¡Padrinos! ¿por qué?—preguntó Redondo.

—¡Bah! Está Vd. buen cazurro. Demasiado sabe usted por qué. La verdad es que aquello era un escándalo.

Joaquín Orgaz defendió á don Alvaro.

Pero Foja no atacaba á Mesía, atacaba á don Víctor que había consentido tanto tiempo aquella desvergüenza.

—¿Pero qué sabe Vd. si consentía? No sabía nada. Y si ahora desafía al otro, será que descubrió algo...

—Ó que se ha cansado de aguantar...

—Ó no habrá tal desafío.

Toda la tarde se habló allí de lo mismo. Al oscurecer llegó Ronzal. Nadie se atrevió á interrogarle al principio. Foja se cansó de ser prudente y preguntó á Trabuco dándole un golpecito en el hombro:

—¿Es Vd. padrino?

—¿Padrino de qué?—dijo Ronzal con ceño adusto, aire misterioso, y como hombre prudentísimo que opone un muro de hielo á una indiscreción.

—Padrino del duelo á muerte entre Mesía y Quintanar...

—Pero á Vd. quién le ha dicho?... Palabra de...

quiero decir... yo no sé... yo niego... Es Vd. un mentecato y un hablador insustancial. ¿Cree Vd. que asuntos tan serios se vienen á tratar al café?

—¿Ven Vds.? lo que yo decía—gritó Foja triunfante sin hacer caso de los insultos.

Ronzal negó, se obstinó en callar; pero se conocía que le costaba grandes esfuerzos.

Miró el reloj muchas veces y preguntó á Joaquinito Orgaz, aparte, pero de modo que lo oyeran los demás:

—¿Sabe Vd. si don Pedro el picador tiene todavía sables de...

Y lo demás lo dijo en voz baja.

Orgaz no sabía nada; Ronzal hizo un gesto de disgusto y salió del Casino, diciendo:

—Adiós, señores.

—¿Ven Vds.? lo que yo decía. Duelo tenemos.

Aquellos señores se declararon en sesión permanente. Los mozos encendieron el gas, y continuó el tertulín de la tarde empalmándose con el de la noche. Algunos fueron á cenar y volvieron. Á las ocho en todo el Casino no se hablaba más que del duelo. Los del billar dejaron los tacos para venir á la sala de las mentiras á cazar noticias; hasta *los de arriba*, los del cuarto del crimen, que solían dejar que pasaran revoluciones sin darse por entendidos, mandaron sus emisarios abajo para saber lo que ocurría.

Un desafío en Vetusta era un acontecimiento de los más extraordinarios. De tarde en tarde algunos señoritos se daban de bofetadas en el Espolón, en algún sitio público, pero no pasaba de ahí. Los insultos no tenían jamás consecuencias. Nunca había habido en Vetusta una sala de armas. Hacía años, un comandante retirado había querido ganarse la vida dando lecciones de sable: el Marquesito, Orgaz hijo y padre, Ronzal y otros varios comenzaron con gran afición á dejarse dar de palos, pero pronto se cansaron y el comandante

tuvo que dedicarse á pedir un duro prestado á cualquiera.

No se recordaba en la población más que dos desafíos en que se hubiera llegado *al terreno*; uno de Mesía, allá, muchos años atrás, cuando era muy joven; había sido padrino del contrario Frígilis, único vetustense que asistió al lance.

Nunca había querido decir lo que había pasado allí, pero era lo cierto que ni Mesía ni su adversario habían guardado cama un solo día después del duelo.

El otro desafío había sido entre un jefe económico y un cajero por cuestiones de la caja. Sobre si sacaste tú ó saqué yo. Se habían batido á primera sangre. El cajero había recibido un arañazo en el cuello, porque el jefe económico daba sablazos horizontales con el propósito de degollar al contrario. Y no había más desafíos *llevados al terreno* en las crónicas vetustenses.

Se discutió mucho aquella noche, para pasar el rato mientras llegaban noticias, sobre la legitimidad de esta *costumbre bárbara que habíamos heredado de la Edad media*.

Orgaz padre, que era algo erudito, aunque de oficio escribano, aseguró que el duelo era resto de las ordalias.

Don Frutos dijo que sí sería, pero que ni ordalias ni san ordalias le hacían á él batirse. Él acudía al juez si le ofendían, y si no había modo, ventilaba la cuestión á palos.—Eso de que me mate un espadachín, que no ha tenido que trabajar para ganarse la comida, no lo consentirá el hijo de mi madre.

—Sin embargo—decía Orgaz padre—hay circunstancias... el honor... la sociedad... Ya ve Vd., Fígaro condena el duelo, y confiesa que él se batiría llegado el caso.

—Es que yo no soy un mal barbero, señor mío—gritó don Frutos—tengo algo que perder.

Hubo que explicarle á don Frutos quién era Fígaro; pero aun después de enterado, Redondo, que sudaba ya de tanto discurrir y gritar, vociferó diciendo, que de todas maneras, al que le desafiase, él le rompía el alma...

—Pues yo—dijo el ex-alcalde—á la justicia me atengo... una querrela criminal, la ley está terminante...

—Pues yo—exclamó solemnemente Orgaz padre, puesto en pié y con voz temblorosa—yo no hago nada de eso. Al que me desafíe, si es un diestro, le obligo á aceptar un duelo en las condiciones siguientes: (Atención general.) Á dos pasos de distancia (se coloca, midiendo dos pasos largos, enfrente de don Frutos que se pone muy serio y erguido) una pistola cargada, y otra no cargada. (Orgaz palidece ante la idea de que aquello pudiera suceder como lo cuenta.) Una, dos, tres (da las tres palmadas) ¡plum! y al que Dios se la dé san Pedro se la bendiga! Así me bato yo. La cuestión no es ser diestro, es tener valor.

—¡Bravo, bravo! eso, eso!—gritó gran parte del concurso, como si oyera aquello por primera vez.

Siempre que se hablaba de desafíos decían lo mismo que aquel día Foja, don Frutos, Orgaz y otros caballeros.

En vano esperaron los socios noticias. En toda la noche no parecieron por allí ni Ronzal, ni Fulgoso, ni Bedoya, que, según se decía, eran los padrinos, amén de Frígilis.

Era verdad. Por más que Crespo encargó el secreto más absoluto á todas las personas que tuvieron que intervenir en el triste negocio, no se sabe cómo, aunque se sospecha que por culpa de Ronzal, pronto corrió por Vetusta el rumor de lo cierto. Petra y Ronzal habían sido los indiscretos. Petra, por venganza, por mala índole, había hablado, había dicho á alguna amiga *lo de* su antigua ama. «¿Que por qué había dejado aquella casa? Por tal y por cual.» Trabuco, á quien la